

**INFILTRADO**

**Albert Sabater Pla**  
**INFILTRADO**

Título original: Infiltrado  
Primera edición: diciembre de 2021

© Albert Sabater Pla  
Corrección: Noni García y Gema Tacón  
Diseño de portada. Mónica Gallart

El autor apoya la protección del *copyright*.  
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
copiada, fotocopiada, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso por escrito del  
autor o editor.

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos  
<http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la presente obra.

**A mis estimadas amigas Marisol F. y Cristina D.,  
Gracias por permitirme ser el único hombre  
en vuestro club de chicas.**

**El tiempo es la única cosa valiosa  
que no podemos comprar, vender o prestar.**

# Introducción

Desde que se reinstauró la democracia en España, la Guardia Civil, entidad de tradición militar, fue la encargada de mantener el orden público y el cumplimiento de la ley en todo el territorio nacional. A esta labor se le unió en 1986 la Policía Nacional, un cuerpo armado de naturaleza civil.

En 1983, el Parlamento de Cataluña restableció el cuerpo de policía catalana, los Mossos d'Esquadra, fundada el año 1719 e inactivos durante la dictadura que asoló España desde el inicio de la Guerra Civil el 1 de abril de 1939.

La primera promoción de agentes, que salió a las calles el mismo año, tuvo unas funciones específicas: la protección de personalidades, menores y el juego.

En 1984, se establecieron comisarías en Tarragona, Lleida y Girona, y en 1992, la Sede Central Operativa en la calle Bolivia de Barcelona. Ese mismo año se envió a Estados Unidos una dotación de agentes para formarse de cara a los juegos olímpicos que aquel año iban a celebrarse en la capital catalana, Barcelona.

El verdadero despliegue del cuerpo empezó el año 1994 en la comarca de Osona, y se extendió paulatinamente por todo el territorio catalán hasta que en 2005 llegó a la capital, Barcelona. Finalizó el

año 2008 con las comarcas de Tarragona y tierras del Ebro.

Dicho despliegue fue total, integrándose de manera global y efectiva en todas las competencias: justicia, tráfico, orden público, protección de personas, alta montaña, explosivos...

Muchas de las plazas para nuevos agentes fueron ocupadas por integrantes de la Guardia Civil que decidieron servir en este cuerpo, y de tal forma no perder el empleo y mantener su destino geográfico. Hoy, los Mossos d'Esquadra es uno de los cuerpos policiales más respetados y admirados de todo el mundo.

# CAPÍTULO PRIMERO

1988

# I

Fermín Estrada tenía veinticinco años cuando entró en la academia de policía de Barcelona. Su aspecto físico era formidable, de constitución alta y delgada. Iba al gimnasio dos o tres veces por semana, salía a correr casi todas las mañanas y hacía unos cuantos largos en la piscina los viernes por la tarde. Aunque nunca alardeaba, con las chicas tenía bastante éxito, testigo de ello era su hermana Lola, que estaba más que harta de cogerle los recados cada vez que una de sus admiradoras llamaba a casa. A pesar de eso, nunca fue un conquistador, simplemente tenía amigas con las que salía a divertirse, al cine, a la playa o de excursión.

Su padre, un pastor protestante de los de la vieja escuela, recto y severo como pocos, no en vano era metodista y presbiteriano, trató de impedir con todas sus fuerzas que ingresara en la academia, pero, a pesar de ello, no lo consiguió. Sus convicciones eran más fuertes que la tenacidad de su progenitor.

El periodo que siguió fue bastante duro. En nueve meses tuvo que adquirir nociones básicas de derecho, prevención y seguridad, administración y otras asignaturas, además de defensa personal y manejo de armas de fuego.

En la academia conoció a Marcelino Contreras, un aspirante que, como él, esperaba superar las pruebas físicas y aprobar las de conocimientos a la primera.

Marcelino era un muchacho joven, un par de años menor que Estrada. Alto, de tez blanca y barba cerrada, aunque siempre iba perfectamente afeitado. Su pelo, de color castaño, que siempre llevaba cortado al estilo militar.

Provenía de una familia acomodada de Sant Cugat, pueblo cercano a Barcelona, y, al igual que Estrada, su padre tampoco aprobaba que ingresara en el cuerpo de policía.

Por suerte, ambos superaron todos los requisitos y se licenciaron. Estrada consiguió hacerlo con honores al ser el primero de la promoción, y Contreras, el segundo.

Olía a verano, a calor, a fiesta, a aprobado y a fin de curso. Los dos estaban eufóricos y con ganas de comerse el mundo. El futuro se abría ante ellos, lo tenían todo: juventud, salud, un proyecto de vida y un futuro prometedor.

—A ver qué destino nos dan —dijo Marcelino mientras recogían todos los enseres de las taquillas de la academia.

—A ti seguro que te mandan a Vielha —bromeó Estrada—. ¡Con lo que odias el frío! —rió con ganas.

—Mira que eres mamón. No... Espero que me manden a Barcelona.

—En Barna no hay nada todavía.... ¡Que no te enteras, Contreras! Habrá que conformarse con las

otras capitales. A mí me da igual con tal de salir de aquí. ¡Nos espera un mundo nuevo, Marcelino! ¡Vamos a triunfar! —gritó eufórico.

—¡Señores, ya están colgados los destinos! —exclamó un joven alto y moreno que pasó por detrás de ellos a la carrera.

Se miraron un segundo y salieron rápido hacia la entrada, donde estaba el tablón de anuncios, con una amplia sonrisa dibujada en sus rostros.

Marcelino empujó a Estrada para que chocara con una fuente, pero la esquivó con destreza.

—¡Serás mamón! —se quejó.

Le dio un golpe en el tobillo. Marcelino perdió el equilibrio y cayó de bruces.

—¡Estrada! Eres un traidor —gritó desesperado, intentando levantarse.

—No me pongas a prueba, Contreras —rio divertido mientras caminaba hacia atrás.

Marcelino intentaba ponerse de pie de nuevo. Estrada regresó para ayudarlo. Le tendió la mano y el otro la cogió con fuerza. Se puso en pie y retomaron el camino al galope, uno al lado del otro.

Cuando llegaron a la entrada, había un considerable número de jóvenes observando el tablón de anuncios.

—Vamos, Marcelino, que estos se han adelantado.

—Estrada se abrió paso a empujones hasta que llegó al tablero.

—¡Bingo! —exclamó satisfecho.

—¿Bingo?

—¡Nos vamos a Tarragona, amigo!

—¿Los dos? ¿Juntos?  
—¡Joder, Contreras! ¡Que no te enteras!  
—No me voy a librar nunca de ti —bromeó su amigo.  
Contreras buscó su nombre en el listado, y comprobó que su destino y el de Estrada estaban unidos, por lo menos, por el momento.

Estrada y Contreras estaban frente a la puerta del despacho del que iba a ser su jefe. Esta se encontraba cerrada, aunque, gracias al cristal translúcido, intuían la silueta del sargento sentado tras una mesa. Se hallaba situado en la segunda planta de la comisaría de Tarragona, en una esquina del edificio, por lo que tenía la suerte de contar con dos ventanas y vistas a dos calles distintas.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Contreras algo nervioso.

—A ver qué nos depara el futuro. ¡Hoy es el primer día del resto de nuestra vida, amigo!

Contreras suspiró.

—¿Preparado?

—Vamos, Contreras. ¡Valor y gloria! —dijo con mucho ánimo.

—¡Valor y gloria! —respondió no muy convencido.

Contreras golpeó dos veces el cristal con los nudillos de la mano derecha y esperó.

—¡Pase! —gritaron desde dentro.

Abrió la puerta y entraron los dos. Se detuvieron ante el escritorio en posición de firmes.

El sargento Gonzalo Reyes era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado y con el pelo cortado al estilo militar. Lucía un bigote que recordaba al que Tom Selleck llevaba en la serie de televisión *Magnum PI*.

—¡Buenos días, señor! Agente Marcelino Contreras.

—Agente Fermín Estrada, señor.

—Buenos días, muchachos. Os esperaba. —Buscó en una bandeja archivadora y sacó un par de papeles—. Contreras y Estrada —hizo una pequeña pausa—. Estrada, primero de la promoción —levantó la vista y lo miró con indiferencia de arriba abajo—. Veremos cómo te comportas en la calle, muchacho.

—No le decepcionaré, señor —afirmó solemne.

—Estrada ha sido el primero de la promoción por mérito propio, señor —afirmó orgulloso de su compañero.

—¿Tú qué eres su novia o su abuela? —preguntó, levantando una ceja. Cogió el cigarrillo que humeaba en un cenicero de propaganda de Cinzano y le dio un par de caladas nerviosas.

—No..., señor... —dijo desconcertado.

—Bien... Van a estar de prácticas durante dos meses con los agentes Villalonga y Padrós.

Los jóvenes asintieron en silencio.

—Lo haremos bien —aseguró Estrada.

—Es usted muy pretencioso, Estrada. Espero que así sea. No soporto las decepciones. ¡Ni a los pretenciosos!

Estrada no contestó, aunque deseaba hacerlo.

—No le decepcionaremos, señor —aseguró Contreras.

—¡Más les vale! Venga, márchense de aquí. ¡A trabajar! Villalonga y Padrós están abajo, pregunten en recepción.

—¡A la orden, señor! —contestaron los dos a un tiempo. Dieron media vuelta y salieron del despacho.

Bajaron a la planta baja y se dirigieron a la recepción. Había agentes que entraban y salían de la comisaría, y varios ciudadanos hacían cola para preguntar en uno de los mostradores.

—¡Eh, pimpollos! —gritó un agente de mediana edad y una prominente panza.

—¿Villalonga? —preguntó Estrada.

—Él es Villalonga, yo soy Padrós —especificó el gordo.

—Yo soy Estrada, y este Contreras.

—Tú ven conmigo, Pimpollo —señaló a Estrada con el dedo. Se dio la vuelta y echó a andar hacia la salida. Daba la sensación de que no se había puesto el pantalón correctamente y lo llevaba caído.

—Me llamo Estrada, Fermín Estrada.

—Está bien, Pimpollo, vamos al coche. —Estrada lo dejó correr, por lo menos, de momento.

Fueron al *parking* subterráneo.

—El vehículo 023 —dijo Padrós. Caminaron en silencio hasta que llegaron al coche—. Toma las llaves, Pimpollo —se las lanzó. Estrada las cogió en el aire.

Se sentó en el asiento del conductor. Padrós se dejó caer en el lugar del acompañante de tal modo que el viejo coche se balanceó considerablemente un par de veces. Su camisa luchó por no romperse y los botones quedaron completamente en tensión.

—¿Adónde vamos?

—Primero, salgamos de aquí.

Estrada giró la llave del contacto y el vehículo se puso en marcha. Lo guio hasta la salida.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó al detener el vehículo en la acera.

—Derecha.

—De acuerdo —dirigió el coche hacia la derecha.

—¿Por qué decidiste ingresar en el cuerpo? —preguntó de pronto.

—Siempre he querido ayudar a la gente.

Bajó la ventanilla y apoyó el codo. Estrada se dio cuenta enseguida de qué tipo de persona era.

—¿Eso es lo que te enseñan a decir en la academia?

—Nunca nos dicen qué debemos decir —respondió tan molesto como sorprendido por la pregunta.

Pararon en un semáforo.

—Entonces, ¿qué es lo que te enseñan? —Estrada hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Cuál es nuestra misión exactamente?

—Dar vueltas y esperar a que pase el día lo más pronto posible —dijo con una amplia sonrisa que mostró unos dientes bastante amarillos.

El semáforo se puso en verde de nuevo.

—Gira a la derecha, Pimpollo.

—Padrós, te he dicho que me llamo Estrada.

Padrós le miró de reojo, pero no dijo nada.

Tras dar varias vueltas, terminaron en un polígono industrial. Tomaron un camino sin asfaltar que discurría entre descampados y zonas aún sin urbanizar.

—Por aquí suele haber drogadictos y putas —aseguró Padrós. Estrada conducía lentamente,

intentando descubrir a alguno de los adictos entre la maleza.

—¡Písale un poco, muchacho! ¡Que nos van a dar las uvas!

—¿Tienes prisa? —preguntó desafiante.

—Nos ha salido gallito el Pimpollo. —Estrada no contestó, aunque le costó no hacerlo.

—Mira allá. Parece una mujer —dijo, señalando a su derecha. Detuvo el vehículo y Padrós resopló con desgana.

—No podemos pararnos por cada puta con sobredosis que encontremos —se quejó de mala gana—. Tú da el parte por radio y ya vendrán a por ella.

—Puede necesitar nuestra ayuda, creo que se mueve —abrió la portezuela y bajó para dirigirse hacia el cuerpo.

Se colocó unos guantes de látex y le tomó el pulso. Era una mujer blanca y, aunque estaba tumbada completamente en el suelo, parecía bastante alta. Vestía una falda muy corta que permitía ver perfectamente su ropa interior y un top que solamente cubría, sin mucho esmero, unos pechos prominentes.

—No pierdas el tiempo, está frita —aseguró con indiferencia mientras observaba por encima del hombro cómo Estrada la atendía.

—Aún tiene pulso —dijo tras tomarlo en su cuello.

—Mierda... —cogió la radio que llevaba al cinto—. Patrulla 023 a central.

—Adelante 023 —se escuchó por el altavoz.

—Manden una ambulancia a la calle 26. Una posible sobredosis. Mujer blanca de veintitantos años.

—Veinticuatro —afirmó Estrada, que acababa de encontrar su documentación en un pequeño bolso que estaba junto a la mujer.

—Veinticuatro años, central.

—Recibido 023. Una ambulancia va para allá.

—Cierro.

Hasta que llegó la ambulancia, Estrada se mantuvo al lado de la mujer. Retiró la jeringuilla de su brazo y la atendió lo mejor que pudo con los conocimientos que había recibido en la academia de policía.

Sacó la linterna que llevaba en uno de los bolsillos del cinturón policial. Subió uno de sus párpados e iluminó la pupila. Sus ojos eran azules como el cielo en un día de verano.

—Miosis presente.

—¿Eso qué es? —preguntó Padrós

—Las pupilas están completamente contraídas y no reaccionan a la luz. Es un síntoma de abuso de fármacos.

Padrós no dijo nada.

La ambulancia no tardó en llegar. Estabilizaron a la mujer y la subieron. Abrió los ojos un momento y vio a Estrada, que estaba a su lado.

—¿Dónde van a llevarla? —le preguntó a uno de los sanitarios.

—Al Juan XXIII.

—Gracias, muchachos.

Los sanitarios subieron al vehículo y se marcharon.  
—La de papeleo que vamos a tener que rellenar —se quejó Padrós—. No deberíamos haber parado. Tendríamos que haber avisado al forense.

—¿Y dejarla morir?

—Ya está muerta de todos modos.

Estrada no comprendía la actitud de Padrós. Volvieron al coche policial y continuaron patrullando.

—¿Y usted por qué se hizo policía?

Padrós guardó silencio por un momento.

—Mi abuelo fue Guardia Civil, y mi padre también...

—Y supongo que usted debía mantener la tradición familiar.

—Sí, supongo que sí...

—¿Cuántos años hace que está en el cuerpo?

—En la policía catalana, desde que se fundó. Pedí el traslado desde la Guardia Civil.

—Entonces, hace...

—Unos veintiocho o veintinueve años.

—¡Toda una vida! —dijo Estrada con la intención de ganárselo.

—Toda una vida —afirmó Padrós melancólico. Sacó la cabeza por la ventanilla y escupió.

Cuando terminó su turno, fue directamente a los vestuarios para cambiarse. Contreras estaba frente a su taquilla, solamente llevaba puestos los pantalones y buscaba dentro del armarito una camiseta.

—¡Contreras! ¿Qué tal te ha ido con Villalonga?

Metió la llave en la cerradura de su taquilla y la abrió. Sacó su ropa de paisano y la dejó sobre el banco de madera que había en medio del pasillo.

—Bien, es un buen tipo. Hemos estado patrullando toda la mañana sin novedad. ¿Y a ti con Padrós?

—¡Ufff! Es todo un personaje —dijo en voz baja—. He visto una mujer tirada en un descampado, y si no llego a ir yo al volante, ni siquiera hubiera parado.

—¡Joder!

—Pues sí, amigo... Es todo muy raro.

—Yo me voy al piso. Estoy cansado y quiero dormir un poco.

Estrada y Contreras habían alquilado un pequeño apartamento en el centro de Tarragona.

—Yo iré un poco más tarde. Voy a ir al hospital a ver a la mujer.

—¿A qué mujer?

—A la que he encontrado esta mañana, ¡que no te enteras, Contreras!

—¿Vas a ir al hospital a verla? ¿Por qué?

—Quiero comprobar que está bien.

—Está buena, ¿eh? —Se puso la camiseta y cerró su taquilla.

—Tú siempre pensando en lo mismo...

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho, solo quiero ver cómo está, asegurarme de que se encuentra bien.

—Tú sabrás. Me marcho a casa. No hagas ruido cuando entres, quiero descansar. ¡Valor y gloria!

—¡Valor y gloria, amigo!

Contreras se alejó por el pasillo y Estrada continuó cambiándose de ropa.

\*\*\*\*\*

El hospital Juan XXIII estaba situado cerca del centro de Tarragona, a unos dos kilómetros del Balcó Mediterráni, uno de los lugares más frecuentados por los turistas, y cerca del piso que habían alquilado él y Contreras.

En recepción le indicaron que la mujer se encontraba en la habitación 602. Tomó el ascensor y subió a la sexta planta.

Tocó dos veces la puerta. Nadie contestó. Esperó un momento y abrió con cuidado. De la nada apareció una enfermera.

—¿Qué desea? No puede entrar ahí.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la identificación policial.

—Llega tarde, agente.

—¿Ha muerto?

—No, pero llega tarde —afirmó la mujer de mediana edad y que parecía bastante estricta—. Deberían haber aparecido antes de que terminase en este estado. Deberían eliminar las drogas de las calles.

—Haré todo lo que pueda, señora.

—¡Señorita! —exclamó molesta.

—No me extraña —murmuró por lo bajo.

—¿Cómo dice?

—Que me gusta la lasaña.

—¿Lasaña? Aquí no damos lasaña. Manzanas hervidas y sopa de fideos.

—Debo interrogar a la paciente —abrió la puerta y entró sin despedirse. Cerró de nuevo tras de sí.

La habitación estaba en penumbra. Solamente entraba un poco de luz a través de una cortina veneciana que cubría una de las ventanas.

Se acercó en silencio a la cama. No había nadie más en la habitación. La mujer parecía dormida.

—Hola —dijo en voz baja cuando vio que tenía los ojos abiertos.

—Tú eres quien me rescató —respondió con acento extranjero.

—Pensaba que estabas inconsciente.

—Creo que lo estaba. Pero recuerdo tu voz y creo que te vi —tragó saliva—. Gracias —dijo con la voz rota.

—No tienes que agradecerme nada. Es mi trabajo.

—¿Has venido a interrogarme? —preguntó de forma casi imperceptible.

---

FIN DEL CAPÍTULO DE CORTESÍA.

---

Puede adquirir la copia completa en [www.sabaterpla.com](http://www.sabaterpla.com)